

La diversidad biológica en Chiapas

RINA PELLIZZARI

Este texto constituye el prólogo del libro *Diversidad biológica en Chiapas* (2005), Mario González, Neptalí Ramírez y Lorena Ruiz (coords.). ECOSUR, COCYTECH, Plaza y Valdés. México.

José Sarukhán Kermez

Era una mañana fresca. El aire, húmedo por la lluvia nocturna, estaba saturado de los aromas de varias orquídeas. No era una mezcla indistinguible; llegaban a nosotros como pinceladas de diferentes colores. Acabábamos de recolectar y herborizar un ejemplar con frutos maduros de *chacté* (*Lonchocarpus castilloi*) que nos había costado mucho trabajo obtener porque era un árbol muy alto y la rama que queríamos recolectar, típicamente fibrosa y dura de las leguminosas, se había resistido a caer a pesar de que habíamos usado casi una caja completa de balas.

Retomamos la apenas visible vereda que nos guiaba en el interior de la selva, entre un gran manchón de palma *xate* del cual salieron, entre volando y corriendo, varios "hocofaisanes" (*Crax rubra*), los machos de un negro brillante y las hembras parduscas con el pecho amarillento, ambos con sus crestas rizadas como damas que hubiesen salido del salón de belleza. De pronto, el pelo de mi barba y la cabeza comenzó a agitarse y empecé a sentir un intenso cosquilleo: se estaba llenando de abejas meliponas (*Melipona* sp.). Sabía que no me picarían, pero aun así no dejaba de impresionarme el contacto tan repentino –y cercano– con la vida silvestre. Alush, nuestro guía durante la larga estancia en la zona del río Chocoljahíto, soltó una carcajada y acto seguido se separó de la vereda por la que nos habíamos internado desde hacía un par de horas y empezó a buscar algo entre los árboles.

Yo no entendía mientras trataba de despejarme de las abejas, qué era lo que Alush buscaba con tanto ahínco. No tardé en averiguarlo. Regresó a donde estábamos con un bulto negruzco, del tamaño de un mamey, que escurría un líquido ambarino. Nos lo ofreció. Ni Terry ni yo acertábamos a identificar lo que Alush había bajado de un árbol. "Miel", nos dijo y en ese momento me di cuenta de que lo que había hecho era localizar el panal de las meliponas y había cortado un trozo del mismo. Nunca antes había probado miel de meliponas; me pareció

deliciosa, más líquida que la miel de abejas italianas y el sabor ligeramente ácido reproducía casi a la perfección varios de los aromas que habíamos experimentado un poco antes. Por un claro de la selva, el azul profundo del cielo se manchó repentinamente de rojos, azules turquesa y amarillos: una bandada de unos diez individuos de *Ara macao*, la guacamaya roja, surcaba el aire y en los pocos instantes que el espacio abierto de la selva nos lo permitió, tuvimos frente a nosotros uno de los espectáculos más gloriosos de la selva alta perennifolia.

Seguimos nuestro camino y encontramos un par de cientos de metros después el ejemplar más soberbio de caoba (*Swietenia macrophylla*) que he visto: un fuste limpio, recto, con las primeras ramas por lo menos a diez metros del suelo. Parecía casi irreal por la perfección y el diámetro de su fuste. Calculamos que tendría entre 45 y 50 metros de altura. Alush limpió con su machete un poco del área a unos diez metros para que pudiésemos bajar una rama con frutos usando nuestro rifle .22 con mira telescópica, cuando todavía se podía portar en México un rifle de ese calibre sin problemas de ninguna índole. Unos cinco o seis tiros después teníamos el preciado trofeo. Descripción del ejemplar en nuestra libreta de campo. Fotografía del tronco. Prensado de cinco copias. Dos frutos conservados en alcohol diluido y glicerina; los otros cinchados con hilo para secarlos sin perder las semillas cuando hiciera dehiscencia el fruto. De pronto, un intenso crujir de hojarasca y de ramas que se agitaban nos sacó de la concentración del trabajo. Para nuestro delicioso asombro, un tapir (*Tapirus bairdii*) del tamaño de un gran cerdo se asomó entre la hojarasca, nos olfateó, gruñó (seguramente con disgusto), volteó su lustroso cuerpo y –enseñándonos el trasero– regresó por donde había salido.

No podíamos haber tenido más suerte ni mejor experiencia de poder convivir, en el más amplio sentido de la palabra,

La falta de percepción social de que el capital natural de nuestro país es no sólo tan importante como el capital financiero o físico, sino que estos dos últimos dependen del primero, ha resultado en un desinterés de lo que ocurre con los ecosistemas naturales. Y como resultado, la suerte que corren las comunidades dueñas de esos ecosistemas.

con la vida que brotaba, volaba y se movía por todos lados. Recogimos nuestra prensa y las demás piezas de equipo, y proseguimos nuestro camino por la selva de Chiapas. Terry y yo estábamos a la mitad del proceso de coleccionar nuestro material para escribir un libro sobre árboles tropicales de México. Estábamos a principios de 1968; aún nos quedaba medio año de trabajo por delante y varias visitas más a diferentes zonas de Chiapas y de otros estados en la zona tropical de México.

Volví varios años después, a principios de 1975, a esa misma zona, buscando unas poblaciones de "chocho" (*Astrocaryum mexicanum*) para tener un sitio de comparación con los estudios de dinámica de poblaciones que mis alumnos y yo conducíamos en la región de Los Tuxtlas. Sentí que, pese a llevar un mapa de caminos de la región y las notas de campo de mi visita previa, estaba perdido. No reconocía el lugar en el que seis o siete años antes habíamos estado coleccionando Terry Pennington y yo; inútilmente regresé por el camino que había usado, volví a tomar los puntos de referencia que conocía y volví al mismo sitio: no había un solo árbol de la selva que habíamos recorrido años atrás por días enteros. Estábamos rodeados por un mar de pasto hasta donde alcanzaba la vista. No se trataba en ese entonces de una zona que fuese marginal, cerca de áreas ya perturbadas. Llegar a ese sitio seis años antes había significado varias horas de conducción de nuestro vehículo en brechas a través de la selva, que ahora era ya sólo un recuerdo.

Desafortunadamente, ésta no fue la única zona de Chiapas que habíamos visitado media década antes y que ahora había desaparecido por su conversión a la agricultura y ganadería.

Probablemente la primera mitad de los años setenta haya sido la época en que con mayor intensidad se habían desmontado selvas, no solamente en Chiapas sino en prácticamente todas las zonas tropicales del país. El proceso de conversión de las selvas y los bosques –en realidad de la mayor parte de los ecosistemas naturales de México–, aunque con un ritmo menos agresivo que en las décadas de los setenta y ochenta, continúa en la actualidad y cada año perdemos en nuestro país entre 600 mil y 700 mil hectáreas de bosques y selvas, preponderantemente estas últimas. En la actualidad, la superficie de selvas tropicales de México representa menos de un tercio de la superficie que originalmente tuvo, y buena parte de esa superficie se encuentra severamente fragmentada. En algunas zonas, como Veracruz o Yucatán, esta cifra es menor a 10%. En Chiapas sólo 23.8% de la vegetación tropical que originalmente cubría al estado (todos los tipos de selvas, desde baja caducifolia hasta alta perennifolia, manglares, bosque caducifolio, etc.) existe en el presente, y en muchos casos en forma de fragmentos dispersos y separados.

México es uno de los países megadiversos con mayor tasa de deforestación. Paradójicamente este proceso no ha resultado en una mejoría del bienestar de las comunidades rurales del país. Las tasas de abandono de las tierras agrícolas y la migración fuera del campo son la triste prueba de ello. Hemos estado perdiendo sostenidamente nuestro capital natural y al mismo tiempo buena parte de nuestro capital humano y, con él, de nuestro capital cultural. La falta de percepción social de que el capital natural de nuestro país es no sólo tan importante como el capital financiero o físico, sino que estos dos últimos dependen del

primero, ha resultado en un desinterés de lo que ocurre con los ecosistemas naturales de nuestro país. Y como resultado de ello, la suerte que corren las comunidades dueñas de esos ecosistemas.

Hay una muy conocida conseja popular en el sentido de que lo que no se conoce no se puede valorar. Proteger y manejar racionalmente nuestros recursos biológicos (el capital natural al que me he referido) requiere antes que nada conocerlos. Desde hace tiempo –muchas décadas en lo que se refiere a su formalización y centurias o milenios en lo que se refiere a su obtención social– se ha ido acumulando conocimiento sobre el capital natural de México. Es grato reconocer que en los últimos tres lustros ha habido un esfuerzo por reunir, sistematizar y hacer accesible a la sociedad en general todo ese conocimiento. Los medios para ello han sido muchos y quienes han aportado ese conocimiento se cuentan por cientos a lo largo de muchos años. Es también importante subrayar el hecho de que la casi totalidad de ese conocimiento se ha logrado por el trabajo de instituciones públicas, mayormente de educación superior. Es sólo justo que ahora un número de ellas hagan accesible ese conocimiento a la sociedad que las ha sostenido con sus recursos.

Por ello resulta especialmente afortunado atestiguar la aparición de obras como la presente,¹ que se refiere al segundo estado con el mayor grado de diversidad biológica –y consecuentemente étnica– del país, un estado que presenta mayor diversidad que varios países centroamericanos; un estado que ha permanecido en el centro del interés biológico, etnológico, cultural y político de México. Como lo mencioné anteriormente, éste es otro ejemplo de una aportación producida por una institución

1- Se refiere al libro *Diversidad biológica en Chiapas*, del cual forma parte este texto.

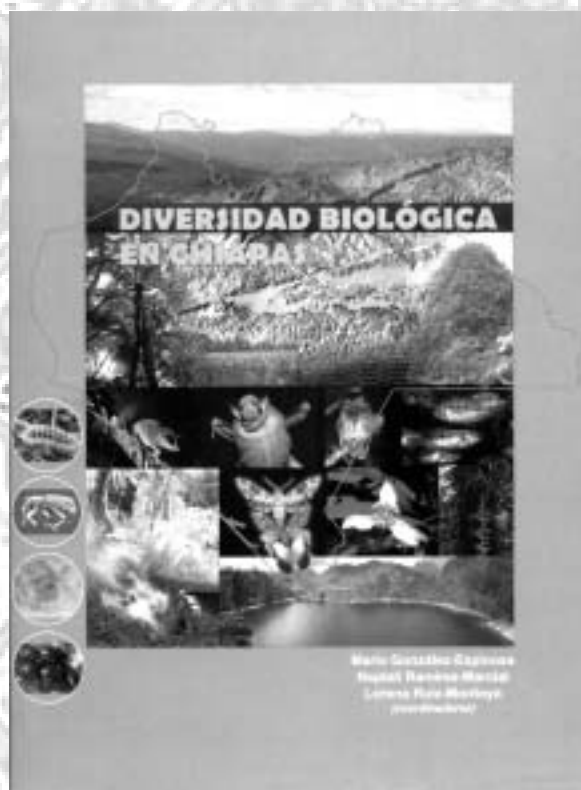
pública que ha dedicado sus esfuerzos –desde hace varias décadas– al conocimiento de la naturaleza y la sociedad chiapanecas. Es otra muestra de que la inversión de recursos públicos en las instituciones de investigación y educación superior de nuestro país es compensada con creces. Si no fuese por estas instituciones, repartidas a lo ancho y largo del país, no tendríamos acceso al grado de conocimiento sobre las sociedades de nuestro país, sus intereses y sus anhelos, y sobre el entorno natural en que se desarrollan, las oportunidades y limitaciones que éste presenta. Es necesario que las instancias de toma de decisión de nuestro país den la relevancia que estos conocimientos tienen y hagan un mucho mayor y eficiente uso de los mismos.

La obra contiene 11 capítulos que cubren una variedad de temas de la biodiversidad del estado; muy acertadamente se ha conceptualizado a la biodiversidad no solamente como el conjunto de organismos silvestres que ocurren en Chiapas, sino también a las etnias que por milenios han vivido en esa región y, en consecuencia, al menos tres de los capítulos cubren temas directamente referidos a las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, marcadamente con los resultados de esa interacción como son la farmacopea botánica, la invención de razas de maíz y las tecnologías agrícolas tradicionales.

Igualmente acertado me parece el enfoque conceptual del libro, que se ha basado en buena medida en el análisis del cúmulo de información sobre los diferentes temas de la diversidad biológica del estado contenida no sólo en la literatura sino, de manera muy importante, en bases de datos electrónicamente accesibles. Esto permite, con el uso de diferentes herramientas, un análisis de los datos que de otra manera sería imposible o al menos en extremo laborioso. Es grato constatar, de nueva

cuenta, el importante papel que desempeña la información contenida en la Red Mundial de Información sobre Biodiversidad (REMIB), que ha construido la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO).

No se cubren todos los grupos taxonómicos que conforman la diversidad biológica existente en Chiapas ni tampoco se agotan los que han sido incluidos en la obra. Sería imposible para un volumen como éste. Es un primer esfuerzo,



pero un esfuerzo de gran calidad y que marca nuevas formas de aproximarse al conocimiento de los recursos naturales de una entidad de nuestro país. Sería ideal que este esfuerzo pudiese convertirse en un modelo que formalmente auxilie a los niveles de toma de decisión del estado a desarrollar políticas bien informadas para el manejo racional, la conservación o la restauración del capital natural del estado para beneficio de sus sociedades. La mayor parte de los autores de los capítulos que comprende el libro son personal académico de ECOSUR. Esto es en sí importante, pues constituye

una muestra de la forma tan satisfactoria en que varias instituciones ubicadas en los estados de la República han madurado y se han desarrollado para concebir y emprender obras como la presente. Casi todos los autores son personas que han tenido una larga trayectoria académica y han publicado en revistas especializadas de prestigio internacional. La información que el libro contiene es, por tanto, de alta calidad, confiable y está al día. Idealmente debería servir de base para un esfuerzo a escala estatal para constituir un organismo que, como lo ha hecho CONABIO hasta ahora a escala nacional, pueda proveer al gobierno estatal de inteligencia sobre los recursos biológicos de la entidad y la forma en que las variadísimas etnias que existen, así como otros propietarios de los ecosistemas chiapanecos, pueden conservar, usar racionalmente, restaurar y conservar los recursos del estado.

Resulta en verdad un placer haber tenido la oportunidad de escribir este prólogo para un libro que, por muchas décadas, había estado en el imaginario de todos los que hemos trabajado por avanzar en el conocimiento de la diversidad biológica de México, en especial la de las zonas tropicales. Chiapas siempre ha guardado en muchos de nosotros un lugar especial por múltiples razones que están ampliamente descritas en esta obra: su naturaleza, su gente, la íntima y milenaria relación entre ambas. A tal placer debo añadir el privilegio de haber sido invitado por los autores a esta gratísima tarea: prologar la realización excelente de un sueño largamente acariciado.



José Sarukhán es investigador del Instituto de Ecología, UNAM, y coordinador nacional de CONABIO.